



Marco Lucchesi

EL DON DEL CRIMEN

INTERZONA

Te invitamos a leer  
las primeras páginas de este libro,  
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,  
acá podés conseguir tu ejemplar.

**COMPRAR LIBRO**

# EL DON DEL CRIMEN



Marco Lucchesi

# EL DON DEL CRIMEN



Traducción de  
Demian Paredes

**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Lucchesi, Marco

El don del crimen / Marco Lucchesi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2023.

112 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de Ficciones)

Traducción de: Demian Paredes.

ISBN 978-987-790-075-0

1. Narrativa. 2. Literatura. 3. Narrativa Brasileira. I. Paredes, Demian, trad. II. Título.

CDD B869

---

*O dom do crime* fue publicado por primera vez en 2010 en Río de Janeiro

- © Marco Lucchesi, by arrangement with Editora Rua do Sabão
- © de la traducción, Demian Paredes, 2023

- © interZona editora, 2023  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)  
[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Traducción: Demian Paredes

Corrección: Florencia Piluso

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Composición de interior: Brenda Wainer

Composición de tapa: Fernando Ozón

Ilustración de tapa: intervención sobre *¡Y tenía corazón!* (1890),  
de Enrique Simonet

ISBN 978-987-790-075-0

*Obra publicada con o apoio do projeto setorial Brazilian Publishers, uma parceria entre a Câmara Brasileira do Livro e a ApexBrasil - Agência Brasileira de Promoção de Exportação e Investimentos.*

Libro publicado con el apoyo del proyecto sectorial Brazilian Publishers, una asociación entre la Cámara Brasileña del Libro y ApexBrasil - Agencia Brasileña de Promoción de Exportaciones e Inversiones.

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Realización

**brazilian  
publishers**

Promoción

**ABL**  
Câmara  
Brasileira  
do Livro

**apexBrasil**



*A la memoria de Quintila Lorenzoni*

*Los cuatro puntos cardinales son tres:  
el sur y el norte.*

Vicente Huidobro







Capital Federal, 1900

El doctor Smichdt de Vasconcelos me sugirió que escribiera un libro de memorias. Sería una forma de no dejar en blanco mi pasado, además del beneficio de espantar los males de la vejez. No todos, que son muchos, algunos, tal vez, algún residuo. Decidí seguir su consejo, no sin temores e incertidumbres, frente a un pasado cuyas imágenes se revelan confusas e imperfectas, como si fuese un mosaico inacabado, espejismo de lo que fui o dejé de ser.

Busco refugio a la sombra de los estantes. Llenos de libros y remedios, filosóficos y alopáticos. Mi pobre estómago hecho pedazos, los riñones rotos, los ojos miopes y astigmáticos. Siento una fuerte atracción por la homeopatía, argumento de peso para liberarme del alto costo de los venenos suministrados por el doctor Schmidt. Prefiero agua de tilo y flor de naranjo a un solo gramo de morfina. La semana pasada fui por primera vez a la farmacia de los discípulos de Hanehmann, aquella de la calle de los Ourives. La charla de los clientes es pavorosa, como si fuesen una pandilla de alienados. ¿Pero qué importa, si la homeopatía avanza con pasos lentos, pero por ello eficaces, sin agredir el bolsillo y los demás órganos?

No se asuste. Prometo no describir una hilera de achaques. Tengo urgencias mayores. ¿Mi tema predilecto? Senos y glúteos. No puedo ni deseo curarme de tal vicio encantador. Gusto inmenso de las pesquisas y juego al ajedrez horas al hilo en Cosme Velho. Apuesto

en las carreras de caballos y no soporto la historia de Roma, que no pasa de ser un circo de horrores. Me inclino delante de las cartas de Séneca y de las ruinas del Capitolio. Comencé a estudiar griego. Leo la oración de Renan sobre la Acrópolis. Pero basta de antigüallas. Quedamos polvorientos con ellas y no es necesario aumentar mi antigüedad con otras mayores, que me arrancan del diálogo con los mediocres del presente: griegos, italianos, brasileños. No los odio en sí mismos, sino porque despiertan al pequeño Silvio Romero que me habita. Ando intolerante con el mundo. No paso de ser un irreverente. Tengo fe en que la homeopatía promueva el equilibrio de los humores, corrigiendo la bilis negra.

No me casé. Vivo con Graziela, gata malhumorada que me adoptó. No tuve hijos y los pocos amigos desaparecieron. ¿Hubo incluso alguno? Tengo muchos libros y no pocas dudas –ambos aumentaron en el fin de la monarquía–. Paseo entre los volúmenes de historia y poesía, ensayos metafísicos y novelas sin pudor. Sade y Agustín viven juntos en la calle de los Andradas, en la parte occidental de la biblioteca, cerca de la cesta en la que duerme la gata. Nadie se ofenda con la insólita intimidad. Sade, Agustín y Graziela. No paso de ser un hereje, un agnóstico empedernido, lejos de cualquier afinidad con los discípulos de Comte. Prefiero el cielo de Blanqui, mil veces superior al escuálido sistema positivo. Amo los *Pensamientos* de Pascal y mi espíritu reposa en la desesperación del Eclesiastés. Sé pocos versos de Leopardi y apuesto por la belleza de las ventanas delante del infinito. *Saudade* de los viejos patios. De las noches de luna en Niterói.

¿Pero a dónde vas a parar, viejo poltrón, con quejidos y *saudades* de señorita?

¡Un poco más de entereza!

Confieso que ando sin fuerzas. Pongo todo en la cuenta del tedio, más que en la de la edad. No pienso en la muerte, pero sí en la belleza de los senos y glúteos. Presumo que ya hablé de eso antes. Importa repetir solamente lo esencial: senos y glúteos.

Paso en visita las formas de la Baronesa xxx y de la Viuda xxx. Costaban menos que las polacas, desde que fueran sorbidas en dosis homeopáticas. Cierro los ojos e imagino el torso antiguo de la Vizcondesa de Abrantes, pero la belleza es pasajera como el río de Heráclito. No podemos dormir dos veces con la misma dama. Esa es la razón filosófica por la cual no me casé.

Vivo al contemplar las cosas del mundo. Soy regido por el pasado, pero resisto. Leo a la mañana el *Jornal do Commercio*, anoto el valor de las acciones y alguna subasta. Me aplico, testarudo, a los artículos de fondo, antes de recibir la visita bisiesta de una señora. Hojeo una novela antes del almuerzo, alrededor de las once, almuerzo frugal, con sobremesa de las monjas de Ayuda. Cigarro, siesta y licor. Al caer la tarde, estoy en la *sublime puerta* de la librería Garnier. Horas después, heme en los alrededores de la playa de Lapa. Me acuerdo de Camilo de Montserrat en la Biblioteca Nacional, hombre cultivado, que sabía griego y latín, corazón generoso, que el Marqués de Olinda se esmeraba en maltratar. Si hubiera Dios, que guarde al señor Marqués, y lo guarde mal. ¡Pobre religioso! Aquellos días le minaron la salud. A mis ojos era una especie de Matusalén. Y, con todo, se dio conmigo lo que parecía improbable: quedé más viejo que Montserrat.

Soy, como él, un náufrago del tiempo, fantasma sin destino o sin raíz. Sorbo un montón de juventud, cuando evoco los paseos de barco a Jurujuba y las conversaciones con el Vizconde de Taunay. Fuimos colegas en el Colegio Pedro II y siempre envidié la historia de su amor con la india Antônia. ¿Ese era su nombre? ¡An-tô-nia! Dos viejos libertinos –el vizconde y yo– amigos de Don Pedro, que al final de cuentas...

Otro de mis vicios consiste en asistir al juzgamiento de los crímenes llevados al estrado del tribunal. Buena razón para salir de casa, además del Paseo Público y de Garnier. ¿De dónde me viene tanto interés? Trabajé durante años en juzgados de alto prestigio en la Corte, defendí criminales conocidos, como el hijo del Barón xxx

y aprendí con Zanardelli *que el patrocinio de una causa mala no solo es legítimo, sino incluso obligatorio; porque la humanidad lo ordena, la piedad lo exige, la costumbre lo amerita, la ley lo impone...* y los honorarios convencen, seducen y arrastran, sin que se pueda esbozar una reacción. No niego también la belleza de la estética del jurado, que me encanta, estilo propio de lidiar con la ley y el público.

Perdí una pequeña fortuna con vino del Puerto, mujeres y habanos. No me arrepiento de nada. Abrí mi oficina, después de los cuarenta, en la calle de São Pedro, cerca de Caetano Filgueiras, vanidoso bonachón de la poesía que jamás encontró, o del prefacio despistado, que escribió al libro de Machado de Assis. Trabajé en Aljuve y conseguí arrancar de la prisión a un puñado de facinerosos. No perdí una sola causa, tan maleable se mostraba el aparato judicial, comprometido por un mar de rúbulas y licenciados, que repetían máximas de Bentham y Filangieri. No sabían cortar con precisión el nudo gordiano, la manera correcta de salvar a los clientes. ¡Y qué lenguaje intragable! Sufrían de incontinencia verbal. Famélicos de espacio, como los sistemas planetarios de Blanqui, desprovistos, pese a ello, de la misma belleza. Idiotas rematados, sensibles a los cargos, las propinas y oraciones subordinadas.

¿Juristas?

No. No. No había quién fuese digno de tal nombre en la esfera criminal. Copiaban siempre. Y cuando escribían en la lengua de Roma era como un latín indeclinable, sublitúrgico, que me gusta definir como tropical y decadente.

El padre de Nabuco era la excepción. No me era simpático, ni yo le inspiraba buenos sentimientos. Me tenía por venal, muy probablemente porque su bufete no era un modelo de éxito. Es forzoso reconocer que defendió la autonomía de las decisiones judiciales, atacando la confusión de las tareas del magistrado con las del jefe de policía. Nabuco era un péndulo, irregular, dividido entre la política y el foro. Tenía tantas deudas como yo. Sus gastos en política eran altos, en tanto que los míos...

Veo al lector curioso preguntando quién soy o quién fui. Digamos que me llamo Nadie. Doctor Ulises. Doctor Cíclope. Como se prefiera. Que cada cual soporte el peso de su propio nombre, lo que no es poco. Una Historia palpita dentro de él y circunscribe nuestra ilusión de estar en el mundo. Después seré apenas un nombre, que se irá a juntar con las fechas. La verdad es sobria como la de la Pia de' Tolomei en la *Divina comedia*, cuya vida cabe en un perfecto decasílabo: *Siena mi fe', disfecemi Maremma*. Mi epitafio debería incluir la Corte y Niterói. Presumo. Porque todavía no morí. Y quién me diera terminar dentro de un verso cristalino.

Admito que estoy vivo, pero sé que cuando estas hojas lleguen al futuro, estaré bastante muerto. Si el lector llega al final de estas páginas, rece por mí, por mis huesos, por algunos de mis sosias, o me mande al diablo. Solo no espero la indiferencia de los vivos.

Trabajé muchos años con Ferreira Viana y Busch Varella, los mayores abogados criminales de la Corte. ¿Mayores? Desde el punto de vista de cómo y cuánto salvaron a sus clientes, aunque fuesen, a decir verdad, unos mediocres, dentro y fuera del jurado. Tenían hambre pantagruélica de sueldos y honores. Mediocres, como fuimos y no podíamos dejar de ser en aquella manzana, tal como lo imponían la maquinaria judicial y los frágiles cursos de Derecho. No nos faltó, pese a todo –y que se me perdone la inmodestia–, la virtud de la levedad, esa, de la que Rui Barbosa jamás tendrá noticia. Y no se engañe, mi amigo. Nuestro mayor orador no fue Rui, sino Monte Alverne. Quien oyó el sermón de 1854, en la Capilla Imperial, sabe perfectamente que digo la verdad.

En el burdel en que se transformó el foro, conocí un hombre apenas, no más que un hombre independiente, que mereció mi respeto: el fiscal Firmo Diniz, figura preparada y audaz. ¿Vivirá? Se dedicó a las bellas letras y no le salió mal, al contrario de las despreciables tentativas de los abogados para los cuales trabajé.

Acabo de volver del tribunal del jurado, donde fui a ver a Busch Varella, actuando en el caso del alférez Almada, crimen

ampliamente informado en la prensa. El alferez es héroe de la Guerra de Canudos, y su mujer, una figura de la alta sociedad. Al regresar de los sertones, descubrió que la esposa lo traicionaba con el vecino, un joven de... 15 años. Inquirida por el alferez, no se hizo rogar y confesó de inmediato el adulterio. El marido pierde la cabeza y, como un relámpago, responde con un solo golpe de cuchillo. Nada de nuevo para quien trucidó, en Bahía, mujeres y niños.

Poco después se desespera, se arrepiente, intenta reanimarla, pide socorro. Era tarde. No había más nada que hacer. Busca a la policía, declarándose culpable.

Estamos en la sala del tribunal, trajes negros, barbas y bastones. El patrocinante de Almada es el rábula Evaristo de Moraes –poderoso torrente verbal, eximio espadachín de la nueva generación–. Junto al fiscal público, Busch Varella, ya octogenario, más viejo que yo y más acabado. Un predio en ruinas, como las casas del morro de Castelo. Intactas –la memoria y la inteligencia–.

Comenzó acusando al alferez. La voz perdió el colorido de otrora y los gestos pausados no componían aquellos arabescos que impresionaban al jurado. Sea como fuera, el abogado reprueba la serenidad que el alferez no tuvo, censura el ímpetu de la venganza y lo acusa de cometer violencia desproporcionada contra la víctima. No era lícito lavar la honra con sangre, había otros modos, que no los de la barbarie, para encubrir el oprobio de la traición. Si todos actuasen como él, la sociedad habría de pulverizarse.

Evaristo oye todo impasible. Al tomar la palabra, un hecho inusitado. Él, que era una tempestad, movido por vientos veloces, sin guiones previamente escritos, sumerge la cabeza en un manajo de hojas. Se pone a leer detenidamente página por página. De cuando en cuando vuelve a la superficie de la sala, mirando a Busch, como quien estudia la reacción del adversario. Para la defensa, Almada fue arrastrado por los celos, perdió la razón, victimizado por instintos afrodisíacos; una conjunción de factores produjo aquel

trágico desenlace. El alférez no era un asesino, sino una víctima de la fatalidad. Así debía ser visto y absuelto por los jurados.

Finalizada la lectura, Evaristo encara la parte contraria y, después de una pausa irritante y prolongada, asevera a los jurados:

—¿Saben, jueces, de quién son estas palabras, que encierran la mejor defensa del acusado presente? No son mías. Son del eminente abogado, que está junto al representante del Ministerio Público, el doctor Busch Varella. Las pronunció él en defensa de su amigo, que matara a la esposa por la simple sospecha de adulterio.

Busch balbuceó algunas palabras. Sufrió un golpe terrible. No había qué responder, frente a una defensa que citaba *in toto* sus palabras. Como si Busch se hubiese derrotado a sí mismo. El abogado que era el mediodía del Imperio entraba finalmente en el ocaso republicano.

*¡Absolución unánime!*

Después de la sentencia, no felicité a Evaristo y no me solidaricé con Busch. Salí pensando solo en la última novela de Machado de Assis. El caso aludido por Evaristo guarda no pocas semejanzas con *Dom Casmurro*.

Fui al Hotel del Globo. Pedí una copa de vino del Puerto y encendí mi habano. La cabeza no salía del tribunal y del crimen de la calle de los Barbonos. Pasaron cuarenta años y aquella historia todavía me confunde. Es sobre eso lo que pretendo escribir, querido doctor Schmidt: las memorias de los otros. Prometo frenar el tono, más comedido, tal vez más frío, como quieren los positivistas. Un libro sin opiniones. Bordeando el cinismo. O casi.

Machado y mis contemporáneos no tendrán acceso a estas páginas. Voy a depositarlas en el *arca del secreto* del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño y manifiesto claramente el deseo de que estos garabatos solo puedan ser abiertos después del día 6 de noviembre de 2010, cuando sea un espectro, así como los personajes de este libelo. Si hubiera descendientes, no míos, que respondan. Los que vagamos en estas hojas estaremos desaparecidos. Apenas

la memoria de los nombres. ¿Quién habrá de ofenderse con mis palabras, quién habrá de convocarme para un duelo, después de sopesar una verdad sobre la cual caben muchas dudas?

A los hechos, señores. ¡A los hechos!





Un crimen. Una casa de dos pisos. Un delirio. ¿De qué otros elementos agarrarse para entender la capital del Imperio, que se aparta vertiginosa del presente, soterrada en el polvo, con sus viejos habitantes, desaparecidos, cada cual aplicado a *estudiar la geología de los campos santos*? ¿Cómo retener un punto inmaterial, la densidad específica de los tiempos idos, para dejar la superficie del ahora y adherir a una realidad, atravesada por un alto coeficiente de soledad?

Si todos los muertos son egipcios, intuir unos pocos jeroglíficos, arrancarles una porción mínima de misterio, es la dura tarea que me cabe. No habrá, por cierto, un principio Champollion para llegar a Machado y lo que se grabó en sus retinas, cuando pasaba, digamos, por el Colegio de los Jesuitas, subiendo la ladera de la Misericordia. Puedo auscultar el espacio entre las señales, reunir pocos y raros fragmentos, compulsar reliquias dispersas, devastadas, aquellas que despuntan, solitarias, de las lágrimas del tiempo o de los ojos de Bento Santiago, si es que lloró algún día.

Pienso en el año 2010. Contemplo una fachada en ruinas, frontones derruidos y torres caídas. Caminos que nacen y mueren en el Campo de Santana. Tentáculos de un espolio inalcanzable. Como si fuesen hilos de plata, casi invisibles, que parten de la Iglesia de São Gonçalo Garcia y São Jorge y siguen hacia la ciudad antigua, en el laberinto de la calle de Alfândega. Dibujo capas en el paisaje actual y completo restos de un pasado que incide sobre frágiles lagunas.

Pocas señales quedaron de la iglesia de São Pedro dos Clérigos, de planta redonda, la preferida de Joaquim Manuel de Macedo. No veo tampoco el Teatro de São Pedro, que dio lugar a las voces de Candiani y de Lagrange, divas de la juventud de Antonio de Almeida e Machado, sustituidas por los pájaros del siglo XXI, que repiten unas pocas notas de *Lucia di Lammermoor*. Adivino cuánto se perdió e intento devolver lo que puedo, como la iglesia que dio nombre al Campo de Santana, demolida en 1857, en torno a la cual se daba la fiesta del Divino, en pleno Sábado de Aleluya, con danzas, subastas de prendas, fuegos de artificio.

Una ciudad ardua, la Corte. Más fácil salir que entrar. ¿Cómo reconocerla? Morros destruidos. Terraplenes naturales. O provocados. Leer la historia de la ciudad es como examinar la escena de un crimen, partiendo de sus últimos vestigios. Es necesario distinguir la serie de capas sobrepuestas: las tramas de la composición, el conjunto de pruebas, coartadas inesperadas y atenuantes. Pero no comprendo el móvil y la autoría, porque son tantas las partes involucradas. Sé apenas que hubo un crimen en el cuerpo de la ciudad. Una herida abierta. Algunos callejones y arterias resisten, temerosos, testimonios de un secreto de sangre, guardado bajo siete llaves.

Un rasgo de perfidia. O de melancolía.

Sé que es imposible escribir la Historia. ¿Cómo traducir los escarlatas matinales de Guanabara, vistos desde el morro de Castelo (cuando las generaciones futuras decidan arrasarlo, como todo lleva a creer), la imponentia intraducible de la vieja Sede o el frescor de las aguas claras de Carioca? Nada. Mil veces nada. No me queda sino intuir lo que el futuro será capaz de preservar. Imagino el rostro incierto de la Historia. Nada sé de sus ojos largos y difíciles. La Historia tendrá ojos marítimos. Todo desagua en las vaguedades del tiempo, en una playa de Botafogo ideal, en cuyas olas se ahogan centenares de Escobares, llevados por la corriente, o por los ojos fríos de una diosa. Para Louis Blanqui, los infinitos

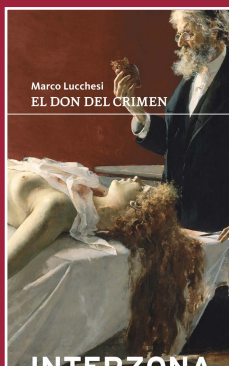
parciales se abisman en el gran infinito, tal como los ríos en el océano.

Tengo delante de mí la vida de una pareja que debía quedar olvidada (no siendo más que un trazo en el Atlántico de nombres, del que está harta la curia metropolitana), si no fuera por un detalle irreparable que la distingue, para siempre, de otros millares de parejas. Un crimen. Un delirio. ¿De qué otros elementos tomarse para alcanzar el drama de ese viejo narrador y de sus personajes que, en 2010, serán menos que sombra y polvo?

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?  
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en [interzonaeditora.com](http://interzonaeditora.com)  
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



**COMPRAR LIBRO**

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

**INTERZONA**